

Worster, Donald. **Por qué necesitamos de la historia ambiental?**. En libro: *Revista Tareas*, Nro. 117, mayo-agosto. CELA, Centro de Estudios Latinoamericanos, Justo Arosemena, Panamá, R. de Panamá. 2004. pp. 119-131.

Disponible en la World Wide Web:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/tar117/worster.rtf>



CLACSO
www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

biblioteca@clacso.edu.ar

¿POR QUÉ NECESITAMOS DE LA HISTORIA AMBIENTAL?

Donald Worster*

*Profesor en la Universidad de Kansas. Su obra más conocida, *Nature's Economy. A history of ecological ideas (1988)*, ha sido traducida a todos los idiomas cultos de la Tierra – salvo el español –, y es considerada un libro clásico en el proceso de formación de la historia ambiental como disciplina. Traducción de Guillermo Castro H.

Nunca prestes mucha atención a lo que está establecido como un dogma en el mundo académico. Esta es una lección que aprendía hace mucho tiempo durante mis estudios de licenciatura, y que he tratado de recordar desde entonces. Piensa por ti mismo. Préstale atención al mundo más allá de la universidad. Pregunta primero por lo que está yendo mal en el mundo y necesita arreglo, antes que por lo que está de moda en la academia. A menudo no son la misma cosa.

Durante el último medio siglo ha sido evidente lo que peor va en el mundo de hoy: no se trata del mero ciclo milenarista de guerras y conflictos, construcción de imperios e injusticia social, sino de la relación vital entre los humanos y el mundo natural. De manera súbita e inesperada, nos encontramos en una ruta de colisión con los sistemas vitales de los que depende nuestra existencia. Estamos destruyendo la naturaleza a un ritmo feroz. Lo más serio del problema consiste en el inminente exterminio de quizás la mitad de las especies vegetales y animales, la mayor catástrofe ecológica ocurrida en los últimos 60 millones de años. En las universidades, son pocas las personas que prestan alguna atención a esta tormenta que se aproxima, y prácticamente todos nuestros políticos, sean de izquierda o de derecha, permanecen en la ignorancia o en la indiferencia.

Sin duda alguna, los profesores no son los principales responsables de la destrucción de la naturaleza. Sin embargo, al ignorar el mundo natural cuando estudian el pasado, los historiadores estimulan a otros a ignorar el mundo natural en el presente y en el futuro. Así, ofrecen poca ayuda para cualquiera que intente entender *por qué* ha estado ocurriendo esta destrucción, o por qué se ha acelerado con el paso del tiempo.

La idea de historia es un invento reciente en Occidente. Fue apenas en el siglo XIX que el conocimiento del pasado se convirtió en parte necesaria del equipamiento de una persona cultivada. Estar realmente educado vino a implicar tener un sentido de la historia. Ese sentido histórico, por supuesto, estaba atado en sus comienzos a la creencia en el progreso – progreso para los varones blancos europeos o norteamericanos. Como en una historia de mendigo que se convierte en millonario, se aseguraba a esos varones que se encontraban en la senda correcta hacia el mañana, que habían llegado muy lejos en virtud de su propia virtud y de su inteligencia.

El siglo XX ha sido muy duro con esa justificación del estudio de la historia. A partir de la primera guerra mundial, la gente comenzó a poner en duda la idea de progreso universal, y los historiadores empezaron a buscar alguna idea más atractiva para sustituirla. A lo largo del siglo pasado, la historia cambió su propósito moral, y empezó a narrar el relato de los pueblos que alguna vez habían sido excluidos. Las mujeres, las minorías étnicas, las sociedades que no eran occidentales empezaron todas a reclamar una historia que les hablara sobre sí mismas. Cuando comparamos

lo que alguna vez fue llamado historia en el siglo XIX con lo que la historia es hoy en día, la diferencia es sorprendente. Sin embargo, ese cambio está prácticamente culminado: la lucha de cada pueblo por escribir su propia historia e insertar su pasado en las narrativas globales ya ha triunfado, si no en cada esquina al menos en la corriente principal de la redacción de la historia. ¿Qué sigue ahora? La historia debe reinventarse continuamente a sí misma si aspira a seguir siendo relevante.

La crisis del ambiente será el problema más relevante del mundo a lo largo del siglo XXI. A menos que los historiadores empiecen a prestarle más atención, pueden tornarse irrelevantes, produciendo y leyéndose unos a otros ensayos y libros eruditos, mientras el ciudadano común y los responsables de formular políticas se alejan en otra dirección. Sin duda, los historiadores tienen otras responsabilidades distintas a la de correr detrás de cada problema que les llegue a la cabeza. Debe mantener en todo momento la objetividad y ejercer el pensamiento crítico. Sin embargo, en algún lugar de sus empeños, deben empezar a encarar la crisis ambiental y, en el proceso, repensar de manera fundamental lo que entienden por historia.

Hay una pesada, densa tradición instalada en el camino. Los historiadores nunca han creído que su labor incluía tomar en cuenta a la naturaleza, ni al lugar de la humanidad en la naturaleza. Aun historiadores de los oprimidos han tendido a concentrarse exclusivamente en la especie humana, haciendo del “ser humano” una ideología de exclusión y superioridad. Por tanto, ha sido necesario salirse de la disciplina y escuchar lo que han venido diciendo los que no son historiadores, muchos de ellos científicos de la naturaleza que pueden abrir nuestros ojos al hecho inescapable de la interdependencia entre lo humano y lo natural. De gran importancia es el trabajo de Charles Darwin, quien demostró de manera concluyente hace casi un siglo y medio atrás que toda la Tierra tiene una sola historia integrada. Una vez que uno ha entendido realmente a Darwin, es imposible segregar los hechos humanos de los hechos de los bosques, los insectos, los nematodos del suelo y las bacterias.

Otra voz liberadora es la del forestal norteamericano, biólogo de la vida silvestre y conservacionista Aldo Leopold, que murió en 1947, pero que ya había atisbado el creciente desafío ambiental. Al examinar el estado de la Tierra, Leopold pensó como un historiador, preguntando qué había existido antes y por qué y cuando había cambiado. Dado que los cambios ambientales que observó eran sobre todo los que habían sido ocasionados por los humanos, se convirtió en un proto – historiador ambiental. Sin embargo, su sentido del tiempo, enriquecido como estaba por la biología evolucionaria, fue más profundo y más amplio de lo que incluso los historiadores más ambientales han querido adoptar.

En 1935, Leopold viajó a Alemania a estudiar gestión forestal, en una jornada que le mostró más del lado oscuro de la violencia humana de lo que había previsto. Una noche, en un cuarto de hotel en Berlín, mientras las tropas de asalto nazis ~~desfilaban por las calles~~, escribió una nota para sí mismo que me ha ayudado a definir lo que quiero decir por “asuntos humanos”.

Los dos grandes avances culturales del siglo pasado fueron la teoría darwiniana y el desarrollo de la geología. Comparado con tales ideas, toda la gama de la invención química y mecánica palidece en un mero asunto de modos y maneras corrientes. Tan importante como el origen de las plantas, los animales y el suelo es el problema de cómo operan como una comunidad. Darwin careció del tiempo para descubrir algo más que los comienzos de una respuesta. Esa tarea ha recaído sobre la ciencia de la ecología, que está develando a diario una red de interdependencias tan intrincada como para asombrar al propio Darwin, si estuviera con nosotros. Una de las anomalías de la ecología moderna consiste en que es la creación de dos grupos, cada uno de los cuales parece estar apenas consciente de la existencia del otro. Uno estudia la comunidad humana casi como si fuera una entidad separada, y llama a sus descubrimientos sociología, economía e historia. El otro estudia la comunidad de las plantas y animales, [y] cómodamente relega los enredos de la política a las “artes liberales”. La inevitable fusión de estas dos líneas de pensamiento constituirá, quizás, el gran avance del presente siglo.¹

Estas líneas, escritas hace más de sesenta años, pueden haber sido demasiado optimistas en cuanto a la fusión venidera de la historia y la ecología – una fusión que aún no ha ocurrido en una amplia escala. Aun así, las palabras de Leopold resultaron

proféticas. Bajo el impulso de la crisis global, unos pocos historiadores empiezan finalmente a acercarse a la ecología y otras ciencias naturales y a redefinir de manera radical lo que entienden por asuntos humanos. Se asume toda la gama de interacciones humanas, tanto intelectuales como materiales, con el mundo natural a lo largo del tiempo. Este concepto se pregunta cómo las fuerzas naturales o antropogénicas han cambiado el paisaje y cómo han afectado estos cambios a la vida humana. Se concentra en el poderío tecnológico que los humanos han acumulado y se pregunta cómo ha afectado ese poder al mundo natural. La nueva historia ambiental se ocupa también de cómo han percibido los humanos el mundo natural y cómo han reflexionado acerca de su relación con ese mundo más que humano.

Esta nueva historia puede ser útil de múltiples maneras a los científicos de la naturaleza y a quienes formulan políticas. En primer lugar, necesitamos una comprensión más plena del ascenso de la conservación y del ambientalismo en todo el mundo. Los humanos han venido pensando acerca de su papel en la naturaleza por decenas de miles de años y cada sociedad, pasada o contemporánea, tiene una rica tradición de lo que podríamos llamar pensamiento conservacionista. La religión ha venido coloreando o influyendo esa tradición desde hace mucho: tanto el islam, como el budismo y el protestantismo, por ejemplo, han dado forma a maneras en que las personas se comportan con respecto al mundo natural. Como se lo han enseñado la dura experiencia a todo aquel que ha intentado negociar un acuerdo internacional sobre especies en peligro o sobre los bienes comunes de los océanos, la gente se aferra a ideas conflictivas cuyas raíces se remontan a los orígenes mismos del complejo conjunto de religiones y visiones del mundo creadas por la especie humana.

La historia de los norteamericanos es más corta que la de muchos, pues se remonta apenas a algo así como dos siglos. Sin embargo, han escrito también una compleja tradición de pensamiento conservacionista, plena de reverencia, deleite, conocimiento práctico y pasión moral. Esa tradición, además de los escritos de Aldo Leopold, incluye los de Rachel Carson, George Perkins Marx, John Muir, Gifford Pinchot, Alice Hamilton y Henry David Thoreau. En su conjunto, estos escritores han dado al mundo un importante cuerpo de ideas acerca del mundo natural, ideas que ahora son objeto de estudio en lugares tan distantes como China, Africa, Rusia y América Latina.

Al igual que cualquier otro grupo de pensadores, el de los conservacionistas requiere escrutinio crítico y análisis riguroso. Cuando la gran mayoría de los norteamericanos le dicen a los encuestadores – como ocurre en otros países – que son “ambientalistas”, ¿qué quiere decir eso? ¿Entienden de dónde proviene el ambientalismo, o cuáles son las complejidades y contradicciones que incluye? ¿Están al tanto de la maraña de significados de expresiones como “naturaleza” y “zonas silvestres”? ¿Entienden por qué fueron creados nuestros parques nacionales a partir de 1872? ¿Están concientes de la forma en que anteriores generaciones pensaron acerca de los suelos, los ríos o la vida silvestre? ¿Algunos de nosotros entiende acaso a cabalidad cómo se vincularon en nuestro pensamiento la salud de los humanos y la salud de la tierra, y cuándo ocurrió eso? ¿Entendemos de qué manera influyen nuestras relaciones con el ambiente la raza, el género o las clases sociales? Si las personas estuvieran mejor informadas sobre la historia del ambientalismo, podrían pensar y actuar a partir de una comprensión más fuerte y sutil, y mejor razonada.

El ambientalismo es demasiado importante como para dejárselo a las calles y a los carteles de anuncios. Necesita ser sometido a la prueba del análisis en aulas de clase, periódicos y libros. Necesita una historia y necesita historiadores. Mi más reciente contribución personal a este proyecto fue una biografía del explorador y científico norteamericano del siglo XIX John Wesley Powell, llevada a cabo para entender su papel en el ascenso de movimiento conservacionista en EEUU. Fue posteriormente, sin embargo, que llegué a saber en realidad sobre las miles de organizaciones locales que han venido tratando de crear una nueva conciencia de cuencas hidrológicas en todo el mundo – exactamente aquello por lo que clamaba Powell hace más de cien años. Aquellos que buscan estimular esa nueva conciencia se beneficiarían mucho de la lectura de los escritos de Powell y de la revisión cuidadosa de su concepto de democracia de cuencas. Para ellos, podría resultar instructivo aprender por qué los

norteamericanos de aquellos días rechazaron su pensamiento, y cómo han cambiado desde entonces tanto las sociedades como las cuencas hidrológicas.

El rescate de esa tradición es, precisamente, lo que intenta hacer una parte de la historia ambiental. Intenta entender a alguien como Rachel Carson en el contexto de su tiempo, que va desde la Gran Depresión hasta la era de la bomba atómica. Los historiadores han trazado sus conexiones con el feminismo de posguerra, la guerra fría y el consumo de masas. La lectura de su libro *Silent Spring* sigue siendo gratificante, pero saber cómo llegó a ser escrito y bajo qué circunstancias y cómo reflejó grandes debates que discurrían en el entorno de la autora le otorga a esa lectura una riqueza mucho mayor. Podemos ver reflejada en su obra toda una cultura en proceso de cambio, enfrentada a ideas de riesgo y beneficio, preguntándose qué es la vida y por qué otras formas de vida podrían ser importantes para la sobrevivencia humana. Quizás tal escrutinio haga que algunos héroes del pasado luzcan un poco menos heroicos, pero a fin de cuentas el hecho de situar sus vidas y sus ideas dentro de la historia nos proporciona una perspectiva mucho mejor sobre los problemas de hoy. Después de todo, las principales preocupaciones de Carson con respecto a la presencia de pesticidas y disruptores endocrinos en el ambiente, se han tornado más urgentes que nunca.

Para dar forma a mejores ideas y políticas sobre el ambiente necesitamos tanto pensadores como activistas. Necesitamos ideas, palabras e imágenes que sean ricas, atractivas, y estén probadas por el tiempo y por el razonamiento. No basta con las consignas y la pasión. No basta con la capacidad técnica. Necesitamos pensar de manera profunda sobre nuestro lugar en la naturaleza, y necesitamos llevar a cabo ese pensar con la ayuda de la historia y de las humanidades.

En segundo lugar, la historia ambiental puede contribuir al desarrollo de la conciencia de sí en la ecología y en otras ciencias ambientales. Mi primer esfuerzo por escribir historia ambiental fue un libro titulado *Nature's Economy: A History of Ecological Ideas*, publicado por primera vez en 1988 y ampliado en una nueva edición en 1996. Nadie, en el momento de la primera edición, había escrito una historia general de la ciencia de la ecología. Desde entonces, algunos científicos se han ocupado de esta tarea, aunque no suelen situar a su ciencia en el contexto de la historia cultural e intelectual, como los historiadores ambientales piensan que han intentado hacerlo. Sin embargo, una ciencia sin un sentido de la historia es una ciencia sin conciencia de sus limitaciones.

En la reunión de 2003 de la Sociedad Norteamericana de Historiadores Ambientales, la contribución de la obra de William Cronon *Changes in the Land: Indian, Colonists and the Ecology of New England*, publicada en 1983, fue evaluada en un encuentro interdisciplinario. Uno de los participantes, el ecólogo David Foster, director de la Harvard Forest en Massachussets, ofreció un impactante ejemplo de la necesidad de la historia ambiental por parte de los científicos. Debido en parte a la lectura del libro de Cronon, señaló que los científicos han cambiado su manera de pensar acerca de la ecología forestal. Ahora están mucho más dispuestos que hace veinte años a ver el papel de la mano de los humanos en la formación de los procesos forestales a partir de la Era Glacial, a ver el bosque como un proceso histórico y aun como un artefacto histórico. Los historiadores, en otras palabras, les han ayudado a reconceptualizar su objeto de estudio, a concentrar su investigación, e incluso a orientar sus esfuerzos de restauración y conservación de los bosques.

De manera similar, los historiadores ambientales podrían ayudar a los científicos a ver que sus modelos de la naturaleza –incluso sus modelos científicos de mayor complejidad–, son de algún modo productos de la cultura en la que se desarrollan. Los modelos científicos de la naturaleza tienen una historia que está indisolublemente ligada a la historia de la sociedad humana. No podemos separar fácilmente nuestras ideas sobre la naturaleza en una división llamada ciencia y otra llamada literatura, artes, religión o filosofía, porque ambas flotan juntas en un mismo flujo de ideas y percepciones.

Mi tercer argumento consiste en que la historia ambiental puede ofrecernos un conocimiento más profundo de nuestra cultura y nuestras instituciones económicas y de las consecuencias de la mismas para la Tierra. Una de las ideas más difíciles de aprehender es la de que los problemas ambientales podrían tener *causas económicas*

tan profundas como complicadas. Demasiadas personas, aun en la academia – incluso economistas – no desean realmente hablar acerca de causas raízales, o entrar en una discusión crítica de valores e instituciones económicas. No desean hablar acerca del origen de los sistemas económicos, de los valores que alojan o que expresan, o de cómo estos sistemas han cambiado las actitudes y los comportamientos. Se resisten a asumir a la economía como parte de la cultura, del mismo modo que los ecólogos se resisten a hacerlo con respecto a la ecología. Se tiende a asumir con frecuencia que la economía se ubica por completo más allá de la cultura, como una ciencia universal del comportamiento humano que ejemplifica en todas partes los mismos motivos y resultados, los mismos comportamientos, la misma lógica. Si tal cosa fuera cierta, si la economía fuera tan natural y ordenada de antemano, no habría nada que enfrentar críticamente. Pero cuando naturalizamos a la economía de esta manera, obscurecemos el hecho de que las economías humanas crecen a partir de períodos distantes, y reflejan al propio tiempo condiciones ecológicas desaparecidas hace largo tiempo.

De igual modo, cuando explicamos el cambio ambiental como si se debiera simplemente a patrones demográficos, el crecimiento y dispersión de la población, el análisis de políticas pierde complejidad. Los historiadores coinciden en que la fecundidad humana siempre ha tenido importancia. El problema está en saber cómo ha alcanzado sus niveles modernos. La actual población del mundo, ¿puede ser una consecuencia de la riqueza que los humanos han extraído de la naturaleza, o una consecuencia de formas de pensar acerca de la naturaleza, o una consecuencia de formas de pensar acerca de los propósitos de la vida humana?

Durante el último siglo, la población humana creció por un factor de cuatro. La economía mundial, sin embargo, creció por un factor de 14, el uso de energía por un factor de 16, la producción industrial por un factor de 40.² Cada una de estas tasas de crecimiento fue significativa. Sin embargo, resulta en extremo difícil determinar con precisión cuál de ellas es responsable por cuál cambio ambiental. ¿Cuál es, exactamente, la manera en que estas tasas de crecimiento se traducen en la pérdida de biodiversidad, de agua pura, o de espacios abiertos? Aún no lo sabemos. Y, sin embargo, no cabe duda de que cualquier conjunto de políticas ambientales debería sustentarse en la búsqueda cuidadosa de respuestas para tales preguntas, respuestas que únicamente pueden ser encontradas mediante el seguimiento de patrones de cambio a lo largo del tiempo.

Necesitamos también que los historiadores nos digan de dónde proviene el moderno imperativo del crecimiento económico. El crecimiento económico no constituía una fuerza impulsora importante hace algunos centenares de años, cuando no había profesionales o técnicos formados para hacer que el crecimiento ocurriera, ni políticos que hicieran del crecimiento su plataforma. ¿Por qué lo hacemos hoy, a pesar de las consecuencias ambientales negativas que el crecimiento usualmente acarrea? La idea de un crecimiento económico incesante fue un invento moderno, parte de la revolución capitalista de los siglos XVIII y XIX, una revolución que culminó en el libro famoso de Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, publicado en 1776. Posteriormente, el crecimiento fue traspasado al principal adversario del capitalismo, el comunismo, y de esta manera el crecimiento se convirtió en un valor dominante en todo el planeta. Entender esta historia de invención y difusión es necesario para encarar el crecimiento y sus consecuencias contemporáneas.

Sobre todo, necesitamos revelar la historia ambiental del capitalismo, la cultura económica más poderosa y exitosa de los tiempos modernos. Necesitamos saber más acerca de lo que desplazó, de cómo cambió las actitudes de la gente respecto a la naturaleza, y cómo esto afectó a los recursos naturales, las comunidades biológicas, el aire mismo que respiramos. Todos sabemos que el capitalismo ha intentado promover el interés personal como el *ethos* rector de la sociedad moderna. Le ha enseñado a las personas a creer en la virtud de lo que Alan Greenspan, el jefe de la Reserva Federal de Estados Unidos, ha llamado la “codicia racional”. Una tal transformación de creencias requiere nada menos que una revolución moral. Apenas hemos empezado a descubrir que esa revolución moral asociada al capitalismo transformó la faz de la Tierra. Cuando la historia ambiental del capitalismo, el comunismo y de otros sistemas económicos sea mejor entendida, cuando estas historias hayan sido

finalmente comparadas de manera justa y completa, tendremos fundamentos para la labor de quienes formulan políticas mucho mejores que los que tenemos hoy.

Por último, la historia ambiental puede ofrecernos un conocimiento más profundo de los lugares donde vivimos –que son los lugares en los que debemos encontrar mejores maneras de vivir. A pesar del hecho de que hemos creado una economía global con problemas ambientales globales, seguimos construyendo nuestras casas y nuestros asentamientos en sitios muy particulares. La molécula promedio de alimento en Estados Unidos viaja actualmente más de mil millas desde el lugar en que es producida hasta el lugar en que es consumida. A pesar de este cambio en la escala de la producción y la distribución, aún necesitamos saber acerca del carácter distintivo de los lugares. Toda esta charla actual sobre la globalización ¿no nos está llevando a una ignorancia mayor que nunca antes acerca de los lugares en que nos levantamos en la mañana y nos acostamos en la noche?

Los historiadores han escrito muchas biografías de personajes famosos, pero muchas menos biografías de lugares. Cualquier lugar incluye a la gente, pero es mucho más que la gente que ha vivido allí: es un compuesto de la gente y ese otro mundo, más que humano. Una breve lista de historias recientes de lugares norteamericanos podría incluir la de Whidby Island, Washington y el río Columbia, de Richard White; la de la costa de California, de Arthur McEvoy; la de Concord, Massachusetts, de Brian Donahue; la de las Montañas Azules de Oregón, de Nancy Langston; la de Gary, Indiana, de Andrew Hurley, y la de la región de Dismal Swamp, Virginia, de Jack Kirby. Otras historias semejantes de lugar están apareciendo en Italia, Suecia y Africa. Todos estos historiadores están al tanto de que ningún lugar en la historia moderna ha estado completamente aislado de fuerzas nacionales e internacionales. Sin embargo, insisten en que cada lugar tiene una historia única que contar, en términos tanto ecológicos como humanos. Los lugares pueden *resistir* a las fuerzas externas, y aun cuando sucumben no son nunca absorbidos por completo en alguna abstracción global indiferenciada.

Empecé con algunas palabras acerca de por qué el estudio de la historia debe moverse con los tiempos y establecer conexiones entre su investigación y la crisis global del ambiente. Cuando la historia haya sido finalmente redefinida – no marginalmente o en sus bordes, como ocurre ahora, sino *fundamentalmente* redefinida como el relato de las personas en interacción con el mundo natural – habremos triunfado en la tarea de hacer a la historia profundamente relevante para el siglo XXI. Estamos muy lejos de ese punto. Sin embargo, como lo he señalado, esa nueva historia está emergiendo y está empezando a redefinir la disciplina.

El presidente norteamericano Harry Truman dijo una vez: “La mayor parte de los problemas que debe enfrentar un Presidente tienen sus raíces en el pasado”. Truman, en feliz contraste con algunos de sus sucesores, leyó mucha historia para prepararse para su trabajo. Sin embargo, no leyó, ni podía haber leído en su tiempo, ninguna historia ambiental. El campo no existía entonces. Pero si estuviera en el cargo hoy, podríamos darle una impresionante bibliografía, y decirle: señor Presidente, el destino de la naturaleza, como el destino de las naciones y de la humanidad está en sus manos. Lea esta nueva historia, empápese en sus perspectivas, y actúe entonces con sabiduría y compasión.

Notas

1. Citado en Meine, Curt: *Aldo Leopold: His Life and Work* (Madison: University of Wisconsin Press, 1988), 359 – 60.
2. McNeill, John: *Something New Under the Sun: an Environmental History of the Twentieth – Century World* (New York: W.W. Norton, 2000), 360.